

años de Bradford-on-Avon, y el de Selva Raselingam, un actor londinense de 32 años. El primero dijo haber visto “agua azul, y rayas rojas y blancas”, e identificó la imagen con la de un velero en pleno océano en la que se habían concentrado los ‘emisores’; el segundo aseguró haber ‘recibido’ un rostro humano tallado en una roca y, cuando le dieron a elegir entre las fotos posibles, escogió acertadamente una de la imagen de George Washington. Pero los otros ocho intentos se saldaron con otros tantos fallos y dos aciertos de diez posibles no prueban nada. Son precisamente lo esperable por azar, recordó Wiseman en la prensa al día siguiente.

El siglo XX, en el que la *metapsíquica* se transmutó en parapsicología, ha acabado con el enésimo fracaso a la hora de probar científicamente la existencia de la telepatía. En Londres, decenas de personas concentradas al unísono han sido incapaces de mandar unas simples imágenes a alguien supuestamente dotado de poderes paranormales. Algo de lo que las revistas esotéricas españolas se han cuidado de no informar a sus lectores.

(L.A.G.)

## SHANNON, EL GRAN DESCONOCIDO

*¿Qué tienen en común Marte y el genoma? Si a alguien le hicieran esta pregunta en un concurso de televisión, probablemente contestaría que ambos temas saltan a los titulares de los medios un día sí y otro también, y estaría en lo cierto. Detalles frívolos aparte, el hecho es que las telecomunicaciones –y por ello la exploración espacial– y el estudio del genoma, no serían posibles sin la Teoría de la Información, creada por el recientemente fallecido matemático Claude E. Shannon en 1948. Por aquel entonces, Shannon trabajaba para los Laboratorios Bell, un centro privado donde se realiza investigación básica –toda una rareza– y publicó en la revista de los laboratorios (Bell Technical Journal) un artículo titulado Teoría matemática de la comunicación.*



Claude E. Shannon

Poca gente podría imaginarse que un artículo con un título tan poco llamativo pudiera tener tanta influencia. Shannon logró cuantificar algo tan abstracto como la información, y fue capaz de anticipar –cuando la tecnología de comunicación estaba casi en la prehistoria– cuáles serían los límites de la capacidad de transmisión de cualquier medio de comunicación. Estas leyes son válidas incluso para medios de transmisión que no habían sido inventados en aquella

época, como las comunicaciones ópticas, columna vertebral de las redes telefónicas y de Internet.

La teoría de la información ha permitido además el desarrollo de códigos capaces de reconstruir automáticamente un mensaje dañado. Gracias a uno de ellos, por ejemplo, un disco compacto puede reproducirse sin errores con un agujero de un milímetro de diámetro y con una cantidad moderada de polvo. También juegan un papel fundamental en la exploración espacial; sin ellos, sería completamente imposible recibir las débiles señales emitidas por las sondas interplanetarias.

Con el estudio del genoma, se han descubierto sistemas similares en el ADN. Nuestros genes disponen de mecanismos de corrección de errores que evitan gran parte de los fallos de replicación que darían lugar a mutaciones. La teoría de la información es ahora una herramienta de una importancia capital para poder comprender el funcionamiento de nuestra maquinaria reproductiva. Basándose en su teoría, en 1949 publicó otro influyente artículo: *La teoría de la comunicación aplicada a los sistemas de codificación*, que inauguró una nueva era en el campo de la criptografía. Se transformó de arte en ciencia y pasó de ser un secreto cuidadosamente custodiado, solamente al alcance de los gobiernos, a convertirse en un campo más de la investigación científica, que se realiza de forma pública. El desarrollo del comercio electrónico o las comunicaciones inalámbricas, por citar dos ejemplos, sería inimaginable sin la ayuda de la criptografía.

Conocido por su excentricidad –aún se recuerda su afición a hacer juegos malabares, montado en un monociclo, en los laboratorios–, su insaciable curiosidad le llevó a explorar muchos más campos. Fue uno de los pioneros de la electrónica digital –que hoy hace funcionar nuestros ordenadores– y también hizo algunas incursiones en el campo de la inteligencia artificial, diseñando máquinas que jugaban al ajedrez o trataban de resolver laberintos.

Shannon era una figura completamente desconocida y de hecho su fallecimiento, el pasado 26 de febrero, ha pasado completamente desapercibido. Nada sorprendente, por otra parte, teniendo en cuenta su especialidad y el hecho de haber llevado una vida tranquila desde 1972, alejado del mundanal ruido. Sin embargo, sus importantes contribuciones le sitúan sin discusión posible entre los científicos más influyentes del siglo XX, compartiendo honores con nombres como Einstein, Schrödinger, Watson, Crick, o Feynman. Una frase suya describe a la perfección su carácter inquieto: “Solamente me preguntaba cómo encajaban las cosas”.

(B.M.)

Sección coordinada por Pedro Luis Gómez Barrondo, con la colaboración de Carlos J. Álvarez González, José Luis Calvo Buey, Jorge Javier Frías Perles, Luis Alfonso Gámez, Sergio López Borgoñoz, Carlos López Borgoñoz y Borja Marcos.